

cir de los dos escritores que apreciaba más, Goethe y Stendhal, una aplicación continua de un principio semejante. Su afán mayor había, pues, consistido, hacía cerca de catorce años, en que había empezado á vivir y á escribir, en atravesar los sitios más diferentes que había podido. Pero los había atravesado sin dejarse arrastrar por su influencia, con la idea, siempre presente en lo más hondo de su espíritu, de que existían otras costumbres que conocer, otros caracteres que observar, otros personajes, otras sensaciones que hacer vibrar. El momento del cambio de medio le estaba señalado por la conclusión de cada uno de sus libros, que él componía persuadido de que, una vez escrita y traducida una experiencia sentimental ó social, no vale la pena de ser prolongada. Así se explica la incoherencia de costumbres y los contrastes de ambiente, si se puede decir, que dan el sello á su obra. Tomad al azar su primer libro, esos *Estudios de Mujeres* que le han dado á conocer. Son de un sentimental que ha amado malamente y ha perdido horas tras horas en tomar en serio, por exceso de romanticismo, el *demi-monde* confesado ó disfrazado. Al lado de este libro, *Sin Dios*, ese drama de conciencia científica, es testimonio de haber frecuentado continuamente el Museo de la Sorbona y del Colegio de Francia, mientras que *El Primer Señor* es uno de los cuadros más sobresalientes del mundo político contemporáneo, y que no puede haber sido trazado más que por un familiar del palacio de Borbón y de las redacciones de periódicos. ¿Pero no se supó una mañana en París que Dorsenne era candidato á la diputación—donde por lo demás tuvo un éxito muy mediano—por reclamo según sus enemigos, por capricho según sus amigos, cuando

su único objeto era el de estudiar la sensibilidad especial del hombre de acción? De otra parte, los dos volúmenes de viaje rotulados pretenciosamente *Turismo* y *Retratos de Extranjeros*, y aquella *Egloga mundana*, cuyo marco flota entre Florencia y Londres, La Maloja y Bayreuth, revelan grandes estancias lejos de Francia, un análisis sobre el natural en Italia, Inglaterra y Alemania, en fin, un conocimiento superficial, pero exacto de la lengua, la historia y la literatura que no se armoniza con *l'odor di femmina* como esparcido sobre todas estas páginas. Tales contrastes son de esos que hacen suponer un espíritu dotado de cualidades extrañamente complejas, dominado por una voluntad bastante firme y, preciso es confesarlo, de una muy mediana sensibilidad. Este último punto parecerá inconciliable con la extrema y casi mórbida delicadeza de ciertas obras de Dorsenne. Así era, sin embargo. Tenía poco corazón, pero muchos nervios; y si el primero es necesario para sentir verdaderamente hasta ese punto en que ni ante la muerte se retrocede, los nervios y su irritabilidad bastan á aquel que quiere pintar las pasiones humanas, el amor sobre todo, con sus alegrías y sus dolores. Aunque Julián no hubiese tenido nunca más que una media gloria, el éxito le cogió demasiado joven para no haberle dado ocasión de algunas aventuras. Pasaba por haberlas obtenido á causa del vivo afán que siempre sintió por la conversación femenina. En cada uno de los medios atravesados en el curso de su vagabundo sentimentalismo, procuraba siempre encontrar una mujer que resumiese todo el encanto esparcido en aquel medio. Así había bosquejado innumerables relaciones, unas francamente galantes, la mayor parte pla-

tónicas. Otras habían consistido en una simple coquetería de amistad, tal como al presente era el caso de la señorita Steno. El joven no llevó jamás á ellas más amor propio que ternura. Toda mujer, querida ó amiga, no había sido para él más que una curiosidad que satisfacer nueve ó diez veces, y á la décima vez una voluptuosidad que gustar, ó un perfume del alma que aspirar, y, por fin, un modelo. Pero como había siempre procurado que el modelo no pudiera ser reconocido por ningún signo exterior, jamás pensó que fuese culpable utilizando su prestigio de escritor conocido para lo que él llamaba «su cultura.» No sospechaba ni aun lo que había de depravado en este epicurismo cerebral fundado en un constante abuso de su propia alma y de las de los demás. Era capaz de hacer justicia; la defensa hecha por él de Fanny Hafner ante Montfanón lo probaba claramente; de admiración, su respeto por las nobles prendas del Marqués daban fe de ello; de caridad, pues sin ella no hubiera pensado con tanta lástima en que el regreso de Boleslas Gorka era un golpe que hería de rechazo á la inocente Alba Steno. Pero el repentino cambio operado en sus ideas, nada más que por entrar en el palacio Castagna, se efectuaba en toda circunstancia análoga. El exceso de reflexión acababa sin cesar de corromper ó anular su sensibilidad natural, y así es que tras la emoción sentida por aquella inesperada noticia, por el regreso á Roma del amante engañado por la señora Steno, pensando en un cuarto de hora de inquietud dolorosa, en todos los peligros que este regreso representaba para Alba, Julián se había repuesto aun antes de haber vuelto á ver á la joven. Y en lugar de apresurarse, como parecía natural, para saber al me-

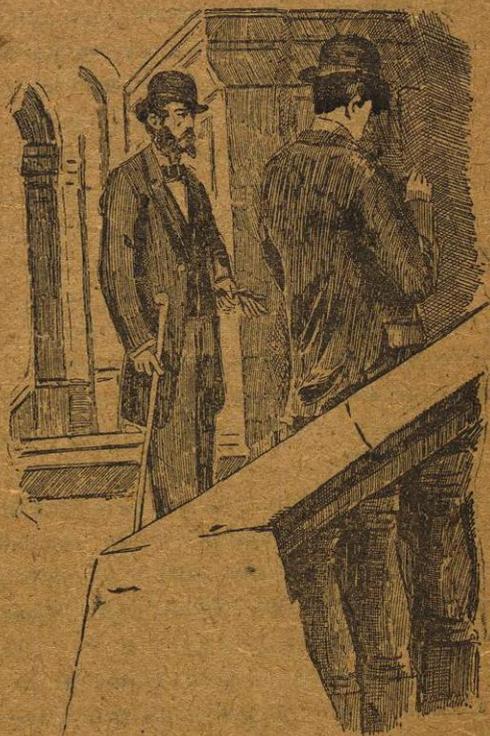
nios á qué atenerse, se había detenido junto á una ventana y garrapateaba en un cuaderno de notas que sacó de su bolsillo, con la punta de un lápiz, y con una letra cerrada y precisa, como él quería que fuesen su espíritu y su arte, este apunte que indicaba poco sentimentalismo.

«25 Abril, 90.—Palacio Castagna.—Maravillosa escalera construída por Baltazar Peruzzi, larga y ancha, con dobles columnas de diez en diez peldaños, como la de Santa Colomba, junto á Sienna. Agrádome sobre todo la vista de un jardín interior, tan cerrado, tan encuadrado, tan dibujado, que los bosques rojos de flores, la regularidad de los verdes arbustos, las líneas precisas de los paseos enarenados, parecen los rasgos de un rostro. Idea del jardín latino, en oposición al germánico ó anglosajón, éste último respetando lo indeterminado de la Naturaleza, el otro ordenado, humanizando y administrando hasta los pasterres. ¡Someter la complejidad de la vida á un pensamiento único y claro, marca constante del genio latino, lo mismo para un grupo de árboles que para todo un pueblo o una religión!—Catholicismo.—Lo contrario en las razas del Norte.—Profundidad de la frase: los bosques han enseñado al hombre la libertad.»

Apenas había concluído de escribir esta nota, y cerraba el cuadernito que llamaba unas veces despensa, y otras, más brutalmente, su escupidera, el sonido de una voz que conocía muy bien le hizo volverse súbitamente. Dorsenne no había visto subir á un personaje que se esperó á que concluyera de escribir, y que no

era otro sino uno de los actores de su *troupe*, para hablar siempre como él mismo, uno de los personajes con los que la partida de aquella mañana se había organizado la antevíspera en casa de la señora Steno, aquél del que el intolerante Marqués había hablado tan mal, el padre de la hermosa Fanny Hafner, el barón Justus. El antiguo corsario de los mercados de Berlín y de Viena, el famoso fundador del *Crédito Austro-Dalmate*, era un hombrecillo muy delgado, con ojos azules, de una agudeza casi insoportable en un rostro de un tinte indefinible y de una fisonomía como marchita. Su actitud siempre cortés, su aspecto siempre sombrío, le daban esa especie de distinción indescifrable que constituye la superioridad de tantos viejos diplomáticos. Pero el peligroso aventurero aparecía en aquella mirada que Hafner no había conseguido velar de amabilidad indiferente. El hombre de mundo que él pretendía ser, dejaba transparentar á pesar de todo en detalles indefinibles, y más que nada en sus pupilas, de una inquietud singular en un personaje tan rico, un enigmático y amargo pasado de obscuras luchas, de codicias, de fríos cálculos y de indomable energía. El fanático Montañón, que iba muy lejos en sus agravios á la hija, era justo para el padre. Este era un tipo completo de corredor internacional, sin religión, ni familia, ni patria. Pero su nacimiento lo había querido. Hijo de un judío de Berlín y de una holandesa protestante, Justus Hafner fué inscrito en el registro civil como perteneciendo al culto de su madre. Pero muerta ésta cuando el primero era aún muy niño, no se había educado en otra liturgia que en la del dinero. En casa de su padre, un joyero muy trabajador y hábil, pero

demasiado prudente para arriesgarse y ganar mucho, aprendió el comercio de piedras preciosas, al que bien pronto añadió el de encajes, cuadros, telas antiguas,



tapices y muebles raros. Un golpe de vista infalible, una paciencia de alemán injerto en israelita y holandés, le hicieron bien pronto adquirir un primer capital, que la herencia de su padre vino á aumentar. A los veintisiete años Justus poseía quinientos mil marcos. Dos operaciones de Bolsa imprudentes, empresas para

llamar á la suerte y llegar á poseer el primer millón, despojaron al audaz corredor, que recomenzó el edificio de su fortuna en el cambalache de diamantes y alhajas. Fué á París, y en un pobre cuarto de la calle Montmartre formó en tres años su segundo capital, operando esta vez de tan superior manera que en 1870, y en la época de la guerra, había reconquistado sus fondos. El armisticio le encontró en Inglaterra, donde se casó con la hija de un agente de negocios vienés llegado de Londres con el objeto de montar una empresa de vituallas para los ejércitos beligerantes. Las enormes ganancias hechas por el suegro y el yerno aquel año les decidieron á fundar una casa de banca, que tuvo su principal sitio en Viena y una sucursal en Berlín. Justus Hafner, admirador apasionado de M. de Bismarck, fundó un gran periódico; pero el célebre hombre de Estado rehusó ayudar al antiguo comerciante en piedras para el logro de sus ambiciones políticas acariciadas desde sus primeros años. Fué un cruel golpe en la vida del laborioso personaje, que habiendo juzgado su porvenir en Prusia, abandonó Viena definitivamente. La creación del *Crédito Austro-Dálmate*, lanzado con extraordinario lujo de reclamos, le permitió realizar al fin una al menos de sus quimeras. Su fortuna, sin igualar á la de los poderosos banqueros de la época, se elevó con una rapidez casi fantástica á una cifra suficientemente grande para permitirle desde 1879 ese lujo superior, sólo propio de los que poseen quinientas mil pesetas de renta. Al contrario de lo que sucede á los negociantes de esta especie, Hafner supo y pudo realizar á tiempo esta fortuna, y colocar sus prodigiosos beneficios en sitios seguros. Se creía, pues, al

abrigo de todo cuanto el proceso de 1880 destruyó aquel edificio tan penosamente construído. El *Crédito Austro-Dálmate* cayó de una manera escandalosa entre innumerables desastres públicos y privados, y sucesos tales como el suicidio de la familia Schröder. Los fundadores, entre los que se contaba Justus Hafner, fueron perseguidos. Aunque consiguió ser absuelto, su fama quedó tan mal parada, y la indignación pública era tal, que abandonó Austria por Italia y Viena por Roma. Allí, sin preocuparse de la mala acogida que al principio se le hizo, procuró realizar lo que había constituído el tercer gran objetivo de su vida: la conquista de una posición en la sociedad. Al período de la avaricia había seguido el de la vanidad, como sucede entre esos terribles comerciantes del dinero. Viudo, preparó el matrimonio de su hija con un fuerza de voluntad y una complicación de combinaciones iguales á sus esfuerzos de otra época; y este *struggle for his life* estaba disfrazado bajo la más alta política y el noble aspecto sistemáticamente adoptado. ¿Cómo al través de tantas luchas había encontrado el medio de afinarse para que el cambalachero primitivo y el bolsista no fueran advertidos en el Barón de cincuenta y cuatro años, condecorado por varias órdenes, instalado en su magnífico palacio, padre de una joven encantadora y agradable en su conversación, cortés caballero, elegante *sportman*? Este es el secreto de esas naturalezas hechas para la conquista social, como la de Napoleón para la guerra y la de Tayllerand para la diplomacia. Dorsenne se hacía sin cesar esa pregunta, que nunca resolvía, y aunque mirase al Barón con una curiosidad puramente intelectual, no podía librarse de un estremecimiento de

antipatía cada vez que encontraba los terribles ojos del terrible personaje. Aquella misma mañana le disgustó que le hubiera visto en la escalera tomando sus apuntes, por más que apenas hubo un tinte de dulce ironía mundana—la de un gran señor que protegía á un gran artista—en la manera como Hafner le interpelló.

—No se moleste usted por mí, querido maestro—le dijo.—Usted trabaja cerca de la Naturaleza, y tiene usted razón. Sospecho que su próxima novela versará sobre la ruina de nuestro pobre Príncipe de Ardea..... No sea usted muy duro para él ni para nosotros.....

No pudo el escritor impedir que el rubor le subiese al rostro escuchando esta política broma. Nada tal vez le afectaba más penosamente que aquello que era á la vez muy justo y muy injusto. ¿Cómo explicar la especie de alquimia literaria, gracias á la que él tenía el derecho de afirmar que jamás hacía un retrato, aunque ni una sola línea de sus quince volúmenes estuviera trazada sin un modelo vivo? Así respondió con cierto mal humor:

—Se engaña usted, mi querido Barón; no tomo notas sobre nadie, ni escribo mis libros como usted supone.

—Todos los autores dicen lo mismo—respondió el Barón encogiéndose de hombros.—Y tienen razón..... En todo caso, es una suerte el que haya usted tenido que detenerse á escribir algunas palabras, pues seremos dos los retrasados. Son cerca de las once y cuarto, y debíamos haber acudido á las once en punto. Pero yo tengo una excusa: he estado esperando á mi hija.

—¿Y no viene?—preguntó Dorsenne.

—No—respondió Hafner.—En el último momento no se ha decidido. Ha experimentado esta mañana un

disgustillo yo no sé por qué libro viejo que quería comprar y uno más pícaro que ella se le ha adelantado. Pero en realidad, ésta no es la verdadera causa de su ausencia. La verdadera consiste en que encuentra muy triste la almoneda de todo el mobiliario de esta antigua familia. Yo no he insistido. ¿Qué sería si hubiese conocido á la Princesa Nicoletta, la madre de Pepino? Cuando yo vine á Roma por la vez primera, hacia el 75, ¡si viera usted lo que era este salón, y lo que era la Princesa!..... Una Condolmieri, de la familia de Eugenio IV, un Papa del más puro siglo XV.

—¡Cómo hace idiota la vanidad al hombre más sagaz!—pensaba Julián andando al lado del Barón.—Querría hacerme creer que ha sido recibido en casa de esta mujer, la más difícil en lo que se refiere á admitir gente en su salón. ¡La vida es más compleja que como la ven los Montfanón! ¡Esta hija que siente por instinto lo que ese buho de Marqués siente por doctrina; la melancolía de esos finales de la nobleza, con ese padre que deja asomar la punta de la oreja del cambalachero y que habla de Papas de la Edad Media como de un bibelot! Mientras estamos solos es preciso que yo pregunte á este viejo zorro lo que sabe del regreso de Boleslas Gorka. Es el agente de la señora Steno, y debe estar enterado de lo que concierne al polonés.

Precisamente ésta amistad de Hafner con la Condesa, de la cual era el consejero financiero, debió ser para Dorsenne una razón para evitar á cualquier precio semejante asunto, tanto más cuanto que estaba seguro de la antipatía de este hombre. El Barón podía, con una sola palabra pérfidamente repetida, perjudicarle mucho cerca de la madre de Alba. Pero el novelista, se-

mejante en este punto á la mayor parte de los observadores profesionales, sólo poseía el poder analítico de una manera retrospectiva. Jamás su penetrante inteligencia le había servido para evitar una de esas pequeñas faltas de lenguaje que son grandes faltas de conducta en el mezquino tablero de damas del mundo. Felizmente para él, no alimentaba más ambición que la de su placer y su arte. Sin esto se hubiera procurado muchos enemigos. Buscó el momento en que el Barón, llegado al rellano de la escalera del primer piso, respiraba con algo de fatiga, y donde el agente del empresario de las ventas, en la puerta, les daba el permiso de entrada á ambos, para decir á su compañero:

—¿Ha visto usted á Gorka después de su llegada?

—¡Cómo! ¿Boleslas está aquí?—preguntó Justus Hafner, que no manifestó por otra parte su asombro de ninguna otra manera sino añadiendo:—Le creía siempre en Polonia.

—Yo no le he visto—dijo Dorsenne.

Le disgustaba ya haber hablado demasiado pronto. Siempre es prudente no contar el primero ciertas noticias. Pero la ignorancia que el mejor amigo de la Condesa, á quien casi diariamente veía ésta, mostraba por este regreso, había producido al joven una sorpresa demasiado viva para que no insistiese, diciendo:

—Alguien le ha encontrado esta mañana; alguien de cuya veracidad no puedo dudar.—Después, bruscamente, añadió:

—¿No le da á usted miedo esa vuelta súbita?

—¿Miedo?—respondió el Barón.—¿Y por qué?

Al pronunciar estas palabras, había mirado al escritor con su fisonomía impasible siempre, y que, sin em-

bargo, desmentía entonces un gestecillo, bastante significativo para quien le conocía. Los dos hombres habían seguido su camino, cambiando algunas palabras en la primera sala de exposición de objetos de arte pertenecientes á la habitación de Su Excelencia el Príncipe de Ardea, como decía el catálogo, y el Barón no había tomado, como de costumbre, el gemelo de oro que ponía en la punta de su nariz ante cualquier escapate. Para que caminase con su pie lento—un pie que medía el paso con la prudencia de un policía—al través de los bustos y estatuas de aquella primera sala llamada «de los Mármoles,» sin dirigir su ojeada de antiguo mercader á los tapices de los Gobelinos, colgados de las paredes, preciso era que considerase como de suma gravedad la revelación del novelista. Este último había hablado mucho para no continuar.

—Pues bien, yo que no tengo relaciones con la señora Steno, como usted desde hace algún tiempo, he temido por ella cuando se me ha anunciado este regreso. Ella no sabe lo celoso que es Gorka.

—¿Celoso? ¿Y por qué razón?—interrumpió Hafner.—No es la primera vez que oigo pronunciar el nombre de esa pobre Boleslas á propósito de la Condesa. Confieso que nunca he tomado en serio esos chismes, y no podía creer que usted, un contertulio de su salón, uno de sus amigos, les diera crédito. Tranquilícese usted. Gorka está enamorado de su encantadora mujer y no puede buscar cosa mejor. La Condesa Catalina es una excelente persona. Ella se interesa por él como por usted, como por Maitland, como por mí, con su natural expansión; por usted, porque escribe tan hermosas obras; por Maitland, porque pinta como nuestros mejo-